

bitantes así diseminados, de tribus errantes ó fijas, pero sin que pueda comprenderlas ninguna regla de las que reclama una sociedad regularizada.

La diversidad de razas hace que realmente estén sustraídos de la poblacion seis millones de habitantes y que no pudiéndose comprender en una regla las diferentes entidades que forman toda legislacion, sea insegura, inconsecuente é infecunda.

Esta falta de necesidades comunes, esta carencia de vínculos, esta diversidad de modo de existir, hacen que en todo servicio se aprecie de un modo al blanco, del otro al indio; en los impuestos, por ejemplo, si calculamos la totalidad de los que se pagan en toda la República en treinta y dos millones por ejemplo, deberia regularse la cuota á cuatro pesos, poco mas, por habitante; pero no recayendo el impuesto mas de en dos millones á lo mas, que tienen un modo de vivir homogéneo, resulta la enorme suma de diez y seis pesos, es decir, la cifra mas subida del mundo.

Hé ahí la guerra del capital y uno de los motivos de que se mantenga estacionario el proletariado.

El clima, la abundancia de comestibles favoreciendo la ociosidad y la vida puramente animal, forman clases imprevisivas que despeñan á muchos en la barbarie y á otros los hacen proletarios de la peor clase.

El remedio de situacion tan difícil es la creacion de necesidades á los indios, de negocios á todos, para que fundiéndose en una sociedad regular funja y se desarrolle con tales caracteres: así como hemos encarecido la necesidad de que la máquina sea hombre, trabajemos porque estos conjuntos de personas funcionen como sociedad civilizada. — DIJE.



CONSUMO DE LA RIQUEZA.

LECCION XXIII.

Señores:

Produccion y consumo: hé aquí el *alfa* y el *omega* de la riqueza. Cuando por primera vez me fijé en esta cuestion, mejor dicho, me hicieron fijar las distinciones de los economistas, creí que cualquiera comprenderia esta materia mejor con el auxilio de su razon natural, que con las explicaciones: más dándole su genuina acepcion á la palabra, que comunicándole á esta un sentido sujeto á ampliaciones.

En efecto: consumir da idea del acabamiento de una cosa, de su extincion, y en este caso está el pan que nos alimenta, el agua que bebemos, &c.

Pero así como no ha estado sujeta á la voluntad humana la creacion en el sentido absoluto de la palabra, tampoco lo está el aniquilamiento; en uno y en otro caso se sigue la ley eterna de las trasformaciones.

Sin duda por esto sucumbieron á la necesidad de una distincion los economistas, y refiriéndose á valores, dividieron los consumos en *definitivos* y *reproductivos*: llamaron los primeros á los de los objetos cuya desaparicion era completa: y

reproductivos á aquellos objetos que, trasformándose, incorporaban su valor en una nueva produccion. En la primera categoría pusieron, como para hacer inequívoca su distincion, los alimentos, el vestido que se aniquila sirviéndonos; en el segundo, el trozo de madera que, transformado en un *bureau*, adquirió nuevo sér bajo la creacion del trabajo y se valorizó de distinta manera.

Como se puede percibir, con el auxilio del mas superficial exámen, el consumo reproductivo no es realmente sino una modificacion de la produccion, una trasmigracion imbíbita en la forma que realmente no deberia clasificarse entre los consumos.

En la modificacion indicada pudiera haber ganancia ó pérdida, como observa perfectamente Droz, cuando pone por ejemplo la formacion de un libro en que entró asiduo trabajo, riquísimo papel, lujosa pasta, y que, sin embargo, el libro no tuvo aprecio alguno. Entónces el papel blanco que valia diez y seis pesos resma, vale veinte reales arroba, ya impreso, y en proporcion las pastas y los adornos del libro.

Empeñados en la clasificacion anterior los economistas, se han decidido por la apología y por el fomento del consumo reproductivo, como dándole otra acepcion subentendida; esto es, de pérdida ó ganancia, y esto ha producido otro género de inducciones.

Para mi modo de ver las cosas, lo que hay de cierto en este particular es, que se diferencia esencialmente en cuanto á las apreciaciones de la ciencia, el consumo personal y el consumo general: que una significacion tienen las necesidades del hombre, considerado en su individualidad y otra en su conjunto.

Para hacer mas perceptible mi racionamiento, os transparentaré su procedimiento en mi inteligencia.

Al pensar yo por mí y con relacion á mi individuo en comer, mi idea natural es tener que comer, es decir, que haya *produccion* que yo consuma; y esto para mí, repito, es una necesidad real: luego ante todo es indispensable producir, y este deberia ser el objeto preferente de toda sociedad.

Pero en cuanto se trata del sér colectivo, aquel racionamiento se refiere al movimiento aparente, como se dice del sol, para tratar del movimiento real.

Miéntas estas necesidades se manifiestan y se satisfacen aisladas, el mercado no existe, los cambios se verifican en una escala desconocida, el valor está como latente, sin manifestaciones universales.

Para que broten todas estas condiciones económicas es forzoso que las necesidades se congreguen, clamen, por decirlo así, por su satisfaccion, que los consumos nazcan; entónces á esta *demanda* acude la oferta, y esta, cuando acude, es obedeciendo á las instancias de la produccion. Este es el consumo mercantil: como veis, es evidentemente precursor á la produccion.

Engañados por esta duplicidad de fenómenos, han proclamado varios escritores la urgencia de crear necesidades, como si eso pudiese hacerse artificialmente.

Las necesidades están sujetas á mil accidentes: se adhieren á cada clima, se manifiestan mas ó ménos exigentes, segun las costumbres, la situacion topográfica, las preocupaciones y hasta los caprichos.

La ley universal que se manifiesta en todos los pueblos, imbíbita en la naturaleza humana, indivisible de ella, es la del placer y el dolor.

Buscar el primero, evitar el segundo; hé ahí los dos polos del mundo moral señalados por Bentham con toda la energía del racionamiento, con todo el invencible prestigio de la verdad.

¿A qué trastornar esta ley oponiéndole los tristes recursos de la ficcion?

¿Cómo á título de creacion de necesidades habiamos de lograr generalizar en las tierras calientes las estufas y los vestidos de pieles, para sustituirlos á la fresca sombra y al ligero traje de lino? ¿Cómo, aunque se encarecieran por la pluma de Lamartine las ventajas de la *hamaca* en México, se habia de preferir al colchon y á la salea?

Al tratarse de la cuestion de indios, el entusiasmo patriótico ha creído encontrar la piedra filosofal, fijándose en que es indispensable crear necesidades á los indios.

¿Quiere decir esto que los civilicemos, que los hagamos incorporar á la comunidad social?... Entónces estamos completamente de acuerdo: ¿quiere decir, que artificialmente les criemos necesidades, aunque ellos mismos no estén en aptitud de satisfacerlas? Entónces nada hay en nuestro juicio mas peligroso.

Ya en otra vez en esta cátedra me he difundido sobre esta materia.

He puesto ante los ojos de mis discípulos al peon del campo arrancado á su hogar y á su vida semi-salvaje, y trasladado repentinamente al cuartel.

Os he hecho asistir á su trasformacion: el indio, retraído, encogido, semi-desnudo, ya pasó por el duro aprendizaje del recluta; viste y está aseado, lleva con desembarazo su uniforme, come un rancho muy superior á la escasa y poco succulenta comida de su aldea; bebe, juega, enamora, ve con cierto desden á los indios sus compañeros. Hé ahí un hombre lleno de necesidades. ¿Qué sucede con él? Que el sentimiento de su libertad se sobrepone á esos goces ficticios, que un día deserta, y ya por la persecucion de la ley, ya por los hábitos creados, difícilmente vuelve á sus ocupaciones tranquilas. ¿Qué resulta entónces de esa creacion de necesidades? Que ella es el estímulo que conduce á la revuelta, al robo y al patíbulo.

No: lo único que puede hacerse respecto de esa masa sin cohesion con nuestra masa, es poner al indio en aptitud de que por sí mismo valúe los beneficios de la civilizacion; abrir sus ojos para que distinga dónde están los goces y dónde las penas, y dejarlo que él solo se deje conducir por su instinto.

La manera de tratar esta cuestion por los economistas, los ha conducido en sus exploraciones á ocuparse de la cuestion de lujo, pasando los límites de la ciencia, perdiéndose en excursiones morales de muy dudosos resultados.

La calificacion del lujo es de relaciones, y por lo mismo in-

contenible en reglas precisas. Lujo serán los zapatos para el que siempre anda descalzo.

Dadle á un indio zapatos, le dais callos, ha dicho Ignacio Ramirez con su gracia genial: para un pintor será objeto de lujo un coche; para un médico puede ser un instrumento que haga su fortuna: mis anteojos para cualquiera de mis discípulos son un objeto de lujo; para mí, ya lo veis, un artículo de necesidad.

Es muy difícil distinguir en el objeto de lujo la parte de trabajo del que lo ejecuta, y la parte superflua del que usa ese objeto.

El herrero, el carpintero, la modista, las costureras que intervinieron en la produccion de un artículo de lujo, son industriales que invirtieron su inteligencia y su fuerza en una creacion, tienen tanto derecho á que se les remunere como todo el que trabajó.

Sucede aun en los vicios: al herirse el aguardiente con un impuesto subido, el gravámen no solo es para los ébrios, debe contarse con el hacendado y el trabajador del campo, con el fletero, con el enfermo que se sirve del alcohol como medicina.

La cuestion de lujo entra de hecho y debe entrar en el dominio de la moral, sin ser posible que las leyes intervengan en ella.

Nótese únicamente una cosa que expondré para concluir. El lujo no es peligroso, no manifiesta consecuencias funestísimas, sino donde se quiere resolver el problema de vivir sin trabajar como en México. Es como ciertas bebidas espirituosas: al hombre trabajador lo alientan y robustecen, al holgazan lo embriagan y aniquilan.

Otra cuestion que se ha tocado como correlativa de los consumos son: las fiestas públicas, la proteccion de ciertos espectáculos que producen ciertos movimientos ficticios en el comercio, en las artes, en todos los canales de la produccion.

Bajo este respecto, justo es que atendiéndose á la parte espiritual de un pueblo se cuide de que se desarrolle su patriotismo, recordándole sus glorias y las virtudes de sus héroes;

justo que la fraternidad se ostente en un día que se hace conmemoracion de los grandes sucesos de una nacion, y estas necesidades morales foméntense; pero no sujetándolas á las conveniencias económicas. El corazon no tiene libro de caja.

Para el positivismo de la ciencia tienen el doble aspecto *de lo que se ve y de lo que no se ve.*

Se ve el trajin de los negociantes y su contento, no se ve el dinero distraido de los productos útiles que dejan inertes muchos brazos y en la miseria familias enteras. Se ve el teatro donde brillan las hermosas, donde embriagan los cantos de ruiseñor de las cantatrices, *donde il alma innamorata* se extasia; no se ve la tienda de empeño, ni el buitre de la usura preparando la humillacion y la ruina del imprevisivo padre de familia.

Tanto ha avanzado el absurdo en este particular, que en nuestros dias, por uno de los hombres de estado mas eminentes, se ha pretendido sostener que el recargo de los impuestos es un gran bien: absurdo antiguo, aniquilado por la sana razon y que renace á la sombra de la ignorancia.

¿Aumentar los obstáculos de la produccion, un bien? ¿Dislocar el interes natural por el mandato, un bien? ¿Un bien cegar las fuentes de vida de un pueblo?

Federico II escribia á d'Alambert, para justificar sus guerras: «Mis numerosos ejércitos hacen circular las especies, y derraman en las provincias los subsidios que los pueblos dan al gobierno.»

No, mil veces no, dice Baudrillart: los subsidios dados al gobierno no vuelven.»

Con este motivo observa Say: «Para la provision de un ejército, dos valores entran en las manos de un gobierno y sus agentes: 1º El valor de los subsidios pagados por los súbditos. 2º El valor de las provisiones pagadas por los contratistas. Los que dan los primeros valores, los contribuyentes, no reciben ninguna compensacion; los contratistas reciben un contravalor que es su pago; pero este contravalor no basta para que los escritores se crean autorizados para decir que

«el gobierno da con una mano lo que recibe con la otra, y que no hay en todo esto sino una circulacion en que la nacion nada pierde. Lo que el gobierno recibe es igual á dos; lo que da es igual á uno. La pérdida de la segunda unidad cae sobre el contribuyente; y como las fortunas reunidas de todos los contribuyentes forman la fortuna de la nacion, la fortuna nacional disminuye tanto cuanto importa el montante de los consumos por el gobierno.»

Querer crear artificialmente necesidades, provocar trabajos adrede, creyendo que así se favorece la riqueza, son y han sido medios siempre de titiriteros políticos, que alucinando á las masas con el fuego artificial de sus teorías, las abandonan en la oscuridad de su miseria. «Estos bárbaros, sin saberlo, dice un autor que no recuerdo, serian capaces de emprender la apología de la peste de la inundacion y del incendio.»—DIJE.